

Los católicos, ¿pueden oponerse al Papa?

E.
MIRET
MAGDA
LENA

LAS dictaduras mantienen por un tiempo el orden exterior, lo mismo en religión que en política. Pero nada más. Los problemas que dejan sin resolver, o que crean, son mucho más importantes que esa fachada de aparente orden externo que consiguen.

En España es lo que nos ha pasado en estos últimos cuarenta años. Lo mismo por la acción de la Iglesia en el país, como por la acción política del régimen franquista. Poco a poco se nos ha inyectado el temor al futuro, el afán de seguridad inmediata, la sed de dinero conseguido egoístamente (la Iglesia casi canonizó el capitalismo en esos años, y la política también), el egocentrismo en todos los órdenes de la vida, y así nos hemos acostumbrado a la ausencia de casi toda postura de serena valentía personal, de desprendimiento espontáneo, de colaboración ciudadana y de participación responsable. Y cuando queremos estrenar una nueva postura, no sabemos hacerlo: adoptamos una actitud infantilmente descoyuntada, casi de payasos que harían reír a un niño.

De este modo nos encontramos hoy demasiado inermes ante el futuro del país y de la Iglesia. Sin saber muchos qué hacer con él. Somos como niños acostumbrados a seguir los preceptos paternos que de repente dejan de tener esta ayuda, a la que estaban obligatoriamente habituados año tras año. Nuestros esquemas mentales resultan infantiles, carecemos de realismo, identificamos nuestros deseos ingenuamente con la realidad, vivimos de unas clasificaciones someras entre buenos y malos, y creemos alcanzar por arte de magia lo que anhelamos. Y no es así.

Ninguna palabra más adecuada para calificar nuestra situación, en lo religioso y en lo político, que decir que nos han acostumbrado (aun sin quererlo nosotros algunas veces) a ser triviales por la fuerza del hábito.

En estas páginas he señalado en recientes semanas que dentro del campo católico hay un síntoma alarmante que revela el mucho camino que nos queda por recorrer para madurar, para ser adultos ante el fenómeno religioso, se sea o no creyente. Y a veces encuentro incluso más maduro al que no tiene una fe definida que a los que la poseen. Sin duda, debe ser esto, porque aquellos han tenido que construirse su modo de ser contra la corriente que nos envolvió cuarenta años, y eso madura a la fuerza, y ahora se nota.

Este síntoma al que aludo es el del caso Lefèbvre. Si leemos los periódicos y re-

vistas franceses, nos quedaremos sorprendidos de la riqueza de comentarios que se han publicado en la vecina nación. No se han limitado—como hemos hecho nosotros— a sentirse más o menos conformes con él, poniéndose en un bando o en el contrario; no: muchos de estos escritores abiertos sacan bastantes más consecuencias que el simple criticar al conservador arzobispo Lefèbvre; hacen mucho más agudos análisis que el simplismo de decir—como aquí se suele hacer— que estamos o no conformes con él.

Ante un hecho real—político o religioso— hay que pensar que debemos hacer algo más que el simple ejercicio de clasificarlo poniéndole la etiqueta de bueno o malo, de acertado o de equivocado. La vida es más compleja que todo eso, y hemos de acostumbrarnos a otra postura más profunda en todos los terrenos. Lo mismo en política que en religión.

Por eso, ante el hecho Lefèbvre caben muchas preguntas. Y una que voy a hacerme hoy es la que encabeza este artículo: ¿Puede un católico oponerse al Papa?

Para ello no acudiré a la teología progresista de última hora (que demasiadas veces es también trivial), ni a razones personales que pudieran ser interesantes, pero poco orientadoras para nuestra masa de católicos, acostumbrados ayer a decir a todo amén y hoy sin saber en muchas ocasiones qué hacer o qué postura adoptar. Los de ayer están anticuados, y los de hoy se encuentran sin norte demasiadas veces. Por eso se tira en ocasiones como recurso hacia ese centro anodino, representado por esa de cal y esa otra de arena que, promediadas, suministra frecuentemente Pablo VI.

Buceando entre los antiguos libros, con recias reflexiones y recios relatos de quienes todavía pensaban seriamente, aunque fuese con muchas mediatizaciones, encuentro materia de orientación para hoy.

En el Medioevo—y antes de él también— fue muy frecuente la intervención de personajes conocidos oponiéndose a la actitud de los Papas. Después, estos incómodos personajes fueron casi siempre elevados a los altares por su valentía y por su postura de conciencia. Los hubo cerrados y los hubo abiertos, pero todos daban ejemplo de esa reciedumbre que recientemente hablamos olvidado, y que en aquellos tiempos se valoraba dentro de la Iglesia.

San Pablo se opuso a San Pedro, y le echó en cara su debilidad con los judaizantes, que querían imponer sus puritanas prácticas a los cristianos que venían

del paganismo. San Ireneo, obispo de Lyon, se enfrentó con el Papa Víctor por su facilidad en usar la excomunión para resolver las controversias entre los cristianos de Asia Menor. San Jerónimo, el valiente dalmata, extremó su colérico carácter con el Papa español San Dámaso.

Más tarde, San Bernardo le increpó públicamente a Eugenio III. Terminando en la Edad Moderna con San Felipe Neri, que no ahorró ataques desconcertantes y llenos de humor al Papa Clemente VIII.

Y las mujeres tampoco callaron su boca: ahí están la sueca Santa Brígida metiéndose con Gregorio XI y la italiana Santa Catalina de Siena con los complacientes Papas de Avignon.

Esa es la "incómoda" historia de la Iglesia católica de hace siglos, tan distinta a la representada por la sumisa masa católica de ayer, que todavía se le pretende mantener callada y dócil hoy.

Estas actitudes fueron creando una doctrina valiente que se plasmó en el teólogo medieval máximo Santo Tomás de Aquino. Su tesis era sencilla: "Toda conciencia, esté bien o mal informada, se refiere a cosas en sí malas o indiferentes, es obligatoria, pues el que actúa contra su conciencia, peca" (Q. Quodlibetales, III a 27).

Pueden ocurrir así muchos casos: unos relativos a la fe, otros a la conducta moral y otros referentes a la disciplina eclesiástica. Pero la regla católica es siempre clara: "Hay que seguir la conciencia, incluso contra el deseo de la Iglesia; incluso si estuviese abocado a ser expulsado de la misma Iglesia" (In IV Sent. dist 38).

Y el broche de oro lo da en el Renacimiento el sistematizador de la teología del Papado, San Roberto Belarmino, diciendo: "Es lícito resistir al Papa si asalta a un hombre, o si asalta a las almas, o si turba a la sociedad, y mucho más si intenta destruir la Iglesia" (De Rom. Pont.).

Esa es la doctrina católica tradicional, guste o no guste al afán teratológico de mando que se ha desarrollado en la Iglesia-institución desde el siglo XVI para acá. Esa es la que todos los católicos progresistas, retrógrados o independientes debemos aplicar personalmente. Otro problema es si estamos o no equivocados, pero es necesario siempre seguir la conciencia personal. ■